

MARTINETE DEL REY SOMBRA

RAÚL QUINTO
MARTINETE
DEL
REY SOMBRA



JEKYLL & JILL

ZARAGOZA 2023

Martinete del rey sombra

© Raúl Quinto, 2023

© de esta edición: Jekyll & Jill, 2023

Ilustración de cubiertas:

Alejandra Acosta, 2023

Fotografía de la solapa:

M. Carmen Moreno Sánchez

Publicado por Jekyll & Jill

jekyllandjill@gmail.com · www.jekyllandjill.com

Al cuidado de la edición: Víctor Gomollón

Esta obra ha sido publicada con la ayuda del Departamento de Educación, Cultura y Deporte del Gobierno de Aragón.

ISBN: 978-84-123959-9-0

Depósito legal: Z 798-2023

Impreso en España / *Printed in Spain*

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

A la memoria de mi padre.

I El rey

Han vestido al rey muerto con sus mejores galas. Silencio, no hay nadie ahora. La luz de agosto destella en un enjambre de ácaros y motas de polvo doradas alrededor del cuerpo yacente. Como si un viento que no existe estuviera arrancando átomos de fuego extraño de la piel vacía del toisón de oro: un pequeño incendio de siglos sobre el pecho inmóvil. Brocados de hilo fino y más oro, dedos de apenas hueso y diamante, el bastón de mando a su lado y la espada ceremonial colgando quieta de su cinto. Sin filo. Sin nadie que la ciña. El rey lleva un sombrero de tres picos con la punta de plata y una hermosa pluma blanca, y la peluca también del color de la nieve virgen, peinada y perfecta, sobre el riguroso rostro de la muerte. La mueca mal disimulada, la agonía y el terror, inútilmente maquillados, en la palidez de una calavera que la piel torturada transparente. Tiene los ojos abiertos al vacío interminable, la mirada sin principio ni fin de los muertos. Y entonces una mosca se le posa justo en el centro y avanza lenta por el globo ocular, frotándose las patas mientras ve su reflejo poliédrico en la negra pupila, como quien se asoma a un pozo y escucha una voz. Oscura libación de la nada. El rey y la mosca. Y es ahí justo cuando sucede. La alta cama con dosel heráldico y blasón imperial levita en medio de la luz de la habitación vacía, atestada ahora de tinieblas y jirones de carne translúcida, de otros ojos y otras bocas que murmuran y miran el centro de carne muerta disfrazada sobre la cama. Son cientos,

miles de absurdos fantasmas cortejando la ruina dorada en la que se ha convertido Fernando de Borbón y Saboya, rey católico de las Españas y emperador de las Indias. Lo envuelven las miradas y las palabras de nadie para nadie. Pronto se lo llevarán las monjas para amortajarlo, pero ahora está solo y muerto con la comitiva espectral de alacranes de niebla y rostro humano, con la fúnebre compañía de lo invisible que comienza a golpear el suelo con sus tacones de humo, marcando el ritmo de una fragua remota, mientras una voz de hueso entona el martinete del rey sombra y la noche es inmensa en los reinos de España.

Y la noche es inmensa, infinita.

Y lo que canta tampoco acaba.

II

30 de julio

En otra noche, diez años atrás. La luna llena cuelga del cielo negro, vigilante como un ojo de marfil que todo lo ve y nada cuenta. Los montes, los valles y los llanos contaminan de plata su silencio, algún candil que otro en las ventanas y alguna pobre hoguera en los caminos. Hace calor y los niños duermen desnudos, y los borrachos buscan las fuentes para refrescarse la nuca tras el cierre de las tabernas. Es tarde ya, y la mayoría descansa o sueña. En esta casa y en aquella. Cambian de postura o murmuran palabras sonámbulas que nadie va a escuchar. Allí hay un perro que ladra, y más allá otro que mueve su cola y gruñe mientras persigue su sombra por un campo de girasoles imaginario. Huele a verano antiguo por las callejuelas blancas de los pueblos. Se respira el calor y la calma. Y entonces tocan las doce. Y sucede. Lo mismo en Granada y en Zaragoza, en Murcia, en Jerez, Guadalajara y León, en Almagro y Badajoz, en Alicante, Cádiz y decenas de villas y ciudades españolas.

Es la hora.

El perro que soñaba despierta envuelto en otras sombras más negras: veinte o treinta soldados uniformados avanzando armas en ristre por la calle dormida, levantando polvo y ruido sordo. El perro no ladra. No aquí. Pero puede que sí en otro lugar, o tal vez sea un gato el que cruza la calle como una ráfaga de viento pardo hasta encaramarse en el alero de un tejado, para poder observar desde allí la luna llena y a la

tropa que se va desplegando por las calles del barrio, dirigida por algún funcionario municipal que señala las puertas de las casas mientras sostiene un farol que le deforma el rostro. Son las doce aquí y allí, la misma escena en diferentes escenarios, el mismo teatro de sombras proyectado en las paredes enca-ladas de la Baja Andalucía y en la piedra mojada por el relente del Valle del Ebro, soldados con una misión de limpieza y servicio al rey y al progreso.

Unas horas antes un gerifalte tocado con pluma y sombrero le había entregado en mano un sobre lacrado al corregidor de la ciudad mientras un destacamento del ejército acampaba a tres o cuatro kilómetros de la muralla. Las instrucciones eran precisas: no abrir el sobre hasta bien entrada la noche del 30 de julio para evitar que la operación fracasara por exceso de información en el aire. En la caza el factor sorpresa siempre es una ventaja que no hay que desperdiciar. Porque de caza se trata. La orden viene firmada de su puño y letra por el mismísimo Marqués de la Ensenada, en nombre y boca del rey Fernando, y no admite interpretaciones: la salud del reino requiere del prendimiento y el arresto de toda la población gitana, ha de hacerse a la medianoche del día 30 en todos los pueblos y ciudades, se actuará con sigilo y diligencia, se procederá a incautar la totalidad de sus bienes. Y más pronto que tarde su presencia será erradicada para consuelo del futuro. Entiéndase que gitano es todo aquel de raíz infecta que viste como los gitanos y que habla su jerigonza diabólica. Serán aprisionados los que estén avecindados en las villas y también aquellos de los que se tenga noticia de que anden acampados o rondan por los caminos de alrededor. Aquí y allí se hacen rápidos listados de familias y direcciones, y se organizan las diferentes partidas de cazadores de hombres entre el ejército,

los funcionarios y espontáneos del pueblo que se suman al baile a partir de las doce de la noche. Y eso, que ya puede sonar la música de la cacería. Y suena.

En esta casa, por ejemplo.

La familia Santiago duerme, con la piel fundida en una aleación de bronce y plata cansada, él y ella abrazados sobre la sábana y dos niños pequeños entre los pies y la espalda, enredándose los sueños y la respiración. Dos hijos más, ya mozos, y una muchacha pedida y a punto de casamiento, sobre los otros jergones que ocupan el habitáculo. Un ligero olor a cebolla, ascua y sudor. Y ninguno se inmuta con el primer ruido. Pero sí con el segundo, que les rompe los sueños y les acelera los corazones, que suenan como un tropel de caballos que huye dentro del pecho. Pero ya no hay dónde ir. La puerta se abre rota y violenta, dejando pasar la luz y la sombra de la calle, el paso ligero de la tropa y el grito de alguien que les hiela el verano: en nombre del rey, que nadie salga, que nadie toque nada, esas manos que yo las vea. En las tres casas gitanas del mismo barrio al mismo tiempo. En las doce del otro pueblo. En las ciento y muchas del reino todo. O de casi todo. La orden no ha llegado a su hora a muchos sitios, en otros se ha perdido por los senderos de la torpeza o la incompetencia, y en los menos alguna mano traidora ha torcido el designio de la corona para salvar a sus vecinos. Que de todo hay.

Pero la luna sigue brillando de la misma manera.

Y la caza sigue siendo la caza. La limpieza, el deber.

La noche larga del 30 de julio de 1749 se produjo la mayor redada contra la población gitana de toda la negra historia de los gitanos de Europa.

El objetivo era la salud del reino, la desinfección y el exterminio.

Por eso están los soldados allanando casa por casa y sacando al raso a las familias, tiznadas por la noche y el miedo, mientras un funcionario hace inventario de sus pocos o muchos bienes, que son incautados al momento para sufragar los gastos que el cautiverio de sus dueños pudiera generarle a las arcas del Estado. La voz y el tumulto corren por todos los barrios, brincan los adarves y asaltan los caminos. Ya vienen los heraldos de la niebla. Ya vienen. Hay gitanos que intentan huir o resistirse. El hijo de José el Negro casi le corta el cuello con su navaja mellada a un casaca azul para que su hermana pequeña pudiera escapar por la ventana y se ha llevado un mordisco de pólvora y plomo en la espalda. La vieja Lola, que perdió en las galeras a un marido y a un hermano, ha empezado a gritar y a maldecir hasta que la han silenciado a culatazos de fusil. Otro soldado le ha reventado la cabeza al perro de los Torres, que ladraba como recién brotado de una pesadilla defendiendo lo suyo y a los suyos. Otros gitanos han corrido entre las penumbras para buscar el viejo refugio de lo sagrado en los monasterios y las ermitas. Dios del cobijo y los brazos abiertos. Como esos trece o catorce del Puerto de Santa María que han burlado las batidas para acogerse a sagrado en el Convento de los Mínimos, pero en balde, el papa también los ha abandonado y hace un año ya que el Consejo de Castilla recibió la venia vaticana para eximir a los gitanos del tradicional refugio intocable de la casa del Señor. Tampoco Dios os va a proteger esta noche. Entran los soldados y se los llevan bajo el cielo de piedra de las bóvedas nervadas y la luz de las linternas. La noche es larga y dos churumbeles descalzos corren campo traviesa mientras un caballo y un jinete oscuro, como una supuración de la noche misma, los persigue y les arroja una red igual que a dos pajarillos con

las alas rotas. Y nadie tiene rostro esta madrugada, ni los que corren ni los que callan, ni los que sueñan ni los que matan. Nadie.

Esta noche de luna llena han sido apresadas más de dos mil personas, en los próximos días caerán otras siete mil.

Están ahora ahí, bajo la luz de las antorchas y los primeros ribetes azules del amanecer. Los hombres mayores de siete años a este lado, las mujeres y los niños pequeños en ese otro. Algunos no se volverán a ver nunca más. La idea es llevárselos lejos, separarlos de la sociedad sana, evitar que se reproduzcan y que expandan su semilla maldita, su corona podrida de Caín. Las autoridades llevan años preparando la redada. Debates, cartas y discursos para llegar a la conclusión de que la única salida para el mal es decretar su final, cortar la raíz, amputar el miembro gangrenado. Antes barajaron la posibilidad de deportarlos a las Américas, pero intuyeron que ese remedio sería aún más venenoso, que contagiarían a los indios y a los negros de su bárbara indolencia y de su hechicería torcida, que agitarían las colonias pudriendo cualquier fruto sano que de ahí pudiera llegar. Mal negocio ese. Hablaron también de asesinato masivo, pero ese arreglo sería demasiado poco cristiano y además resultaría improductivo para el reino. El Marqués de la Ensenada quiere reconstruir la armada, fabricar un nuevo imperio naval en los arsenales de la marina, prepararse para la guerra definitiva mientras se negocia y se alarga la paz con unos y con otros. Y para eso necesita manos y brazos, músculos y huesos. El progreso también es esto, la utilidad frente a la barbarie yerma. Siempre será mejor un gitano útil en su extinción que otro extinto sin más en la nada. Así que ya está. Que así sea. Los hombres irán a los arsenales a trabajar como esclavos, aunque nadie use ni

escriba esa palabra para referirse a ellos, y a las mujeres y los niños se les buscará otro lugar bien lejos, para que no se mezclen con su simiente ni con los buenos paisanos que con su industria y su labranza levantan la dignidad diaria de España. Mira: la camisa que lleva él es blanca como la misma luna que palidece en el cielo del alba, será la única camisa que vestirá en años, la cara asustada y pequeña de su hija será el último recuerdo que tenga de ella.

Pero nadie tiene rostro esta noche, hemos dicho, nadie.

Tampoco los que se han fugado por las lomas, pasando un día o dos agazapados en madrigueras, esperando que amaine la tormenta de hierros y linternas, ni los que corren la voz por las aldeas vecinas y los campamentos de los nómadas. Que vienen, si no hoy, mañana, y van a por todos. En los aduares improvisados cada noche el fuego murmura secretos y penas, los gitanos acogen a los suyos y tampoco miran los rostros de ninguno, porque saben que ya nadie tiene rostro ni nombre en la noche que no acaba. Y agosto también es oscuro y la caería continúa. En Alcalá la Real hay varias familias gitanas mezcladas con refugiados de la redada dejándose envolver por el calor suave de las ascuas y la voz vieja de una toná, triste y profunda como una sima de siglos, arañando el temblor de las estrellas en el carbón azul del cielo entre melismas y lamentos. Huele a pan, ceniza y sueño. El campamento se adormece y compadece el mundo, el cante cauteriza los bordes de una herida que saben que nunca dejará de sangrar, no al menos esta noche. Es ahí cuando uno de los refugiados se levanta discretamente y da dos pasos hacia la sombra y al poco se recorta contra el horizonte una partida de cazadores de gitanos. Los han vendido. El infiltrado asienta ahora el filo curvo de su navaja sobre el gznate del patriarca y le pide que

cante: venga, viejo, canta, canta la canción del cuchillo y el grillete. Vamos, noche, devóralos a todos. Perros, delatores, espías y más infiltrados terminarán el trabajo en las semanas siguientes. En otros lugares, como en Vélez Málaga, serán los propios gitanos los que se presentarán ante la puerta de la cárcel para entregarse voluntariamente, que no diga el rey que no atendemos a sus requerimientos. Al fin y al cabo ser gitano ha sido siempre algo parecido a esto. Fuga, canción, pena y presidio. La noche del 30 de julio de 1749 la luna llena era un agujero blanco, el ojo tuerto de Dios, la calavera futura del sol y el espejo de su luz absurda, descalza, pequeña y perdida. Nadie tiene rostro esta noche, nadie, y la noche parte en dos miles de vidas. Gitano, gitana. Tu corazón es sucio como el barro y la nieve pisada, pero late igual dentro de tu pecho. Esta noche no tiene rostro pero nos está mirando fijamente a los ojos.

III

El reino de Aranjuez

Son las ocho de la mañana en el Palacio de Aranjuez y el rey de España se despereza entre sábanas de seda y ojos atentos. Ya es de día para el mundo porque un chorro de oro repica en el fondo del orinal de porcelana y unas manos casi invisibles colocan almohadones con flores de lis y plumones suaves en la vertical de la cabecera de la cama, para que el rey pueda sentarse a desayunar su tazón de chocolate. Hoy puede ser un gran día para Fernando VI, a menos que se tuerza el corazón y le arremolinen el seso con las tonterías habituales de palacio. De momento el chocolate es un bálsamo que sabe a imperio licuado en la boca, a vuelo de abeja y a canción de cuna, a mañana sin nadie, a corona de trapo. Pero es breve el consuelo porque pronto lo asean y lo visten.

Fernando de Borbón, rey de los maniquís.

Le ajustan la peluca ondulada y blanca, le dan un par de toques de maquillaje y ya está listo para echarse a los pasillos del palacio a que lo atosiguen con adulaciones y política. Míralo. El reino es el rey, y la Corte es una prótesis del rey, necesaria e incómoda. No hay nada fuera de ella, y dentro de ella todo es política y ciencia bastarda. Cada gesto, cada copa y cada joya, las palabras que se dicen y las que no, el ceremonial continuo de cada una de esas pequeñas cosas en las que consiste la vida. Como la primera misa del día, oficiada por su confesor, el padre Rávago, en la capilla privada, bajo los retablos de pan de oro y madera pintada. El rey de rodillas ante Dios,

con la boca abierta a la sangre y el cuerpo de Cristo, a la verdad divina y su manantial de sosiego. Porque es en este solo momento cuando el pecado no asedia su alma ni tiene miedo al infierno. Al horror y la llama. El demonio es un perro que le muerde el corazón y se bebe su sangre cada minuto del día, pero aquí no. Hay días en que asiste a dos o tres misas más, para que Dios se entere, para que lo mire y lo cuide. Y nadie sabe nunca si Dios mira o no. Los que sí miran son los otros, siempre pendientes de él, que es el reino todo y el imperio y la majestad católica de siglos encarnada en ese escaso cuerpo.

El palacio es un sistema vivo de pasillos, despachos y murmuraciones. La Corte, dijimos, es una prótesis del rey, los anillos de un dios planeta atrapados por la gravedad de su centro. Cada vez que llega la primavera y el rey se desplaza a Aranjuez desde Madrid, miles de personas viajan con él como una parte externa e infinita de su propio ser: la Guardia Real y centenares de soldados, cocineros, sastres y criados, el cuerpo diplomático en pleno, los cómicos, que aparte de los músicos y los pintores de cámara incluían a más de doscientos comparsas, un cortejo de cazadores, damas, ojeadores, huroneros y maestros de armas para los muchos días de caza y cetrería, además de caballerizos, mozos de mulas y amas de llaves, como un ejército innumerable de hormigas oscureciendo la tierra de norte a sur, imantados por el oro magnético de la corona. Un universo fernandocéntrico y excesivo. Lo vemos por este pasillo, acompañado por su mayordomo y por el padre Rávago, le ronda el embajador Keene para regar alguna semilla favorable a los ingleses y alguien que dice hablar en nombre del Consejo de Castilla. El rey escucha y no. Tampoco importa, porque Rávago sí conoce los detalles y cuando lo estime, en algún aparte, le dirá lo que considere oportuno

que sepa. Al rey no hay que atosigarle con datos y vericuetos. Eso lo sabe la camarilla que mueve los hilos tras las cortinas: el cura, el marqués, el eunuco y la reina. Luego ya a solas, si eso, le adelantará lo que han ido entretejiendo entre el obispo Gaspar Vázquez Tablada y el Marqués de la Ensenada acerca del asunto gitano y que el Consejo de Castilla que quiere que ratifique. Poca información, sin apenas detalles, que ya habrá tiempo en la tarde de saber más, aunque nunca todo, antes de firmar lo que sea. Sin agobios. El rey sabe que es el reino, pero el reino le interesa menos que la caza o que los relojes. Sobre todo que los relojes. Los impresionantes mecanismos que controlan y ponen música al tiempo, sus engranajes y formatos diversos, dorados, engastados en joyas y manierismos barrocos, de madera o mármol rosa, trabajos de eboraria que a las horas en punto dejan salir una diminuta procesión de santos o una bacanal de campesinos y alegres diablillos, grandes como armarios y pequeños como camafeos. La colección de relojes del rey es su verdadero reino, que no es de este mundo. Es su gran tesoro. Los cortesanos que quieren prosperar saben de buena tinta que no hay mejor regalo que un reloj raro. El Marqués de la Ensenada lo sabe y mima con denuedo ese vicio, le trae joyas a la reina y relojes al rey siempre que puede. El lujo es un imperativo aquí dentro, es una cuestión de Estado. El rey relojero quiere controlar el tiempo, ejercer su dominio sobre lo inexorable, sobre todo aquello a lo que su trono no le da potestad, está creando un ejército para el gran combate, un combate perdido de antemano contra la degradación y la muerte. Dios no mira pero el tiempo sí. Un reloj es una caja para dobligar el miedo y encerrarlo dentro. Por eso el rey quiere tener todos los relojes, o quizás no, y simplemente sea el ruido musical de centenares de minutereros

golpeando el interior de su cráneo como un mantra o un milagro. Tal vez. De seguro la misa y la sala de los relojes son su baluarte en mitad de todas las tormentas, y también la reina.

Bárbara de Braganza, su única y verdadera cómplice en el complicado ejercicio de vivir.

A media mañana se saludan protocolarios, él, el maniquí pálido de los ojos perdidos, ella, la araña vestida de rubíes. Es extraño el conjuro al que ambos se atan, no es el trono un lugar propicio para el amor, pero si algo hay entre las lágrimas de cristal de las lámparas y las alfombras blasonadas del Palacio de Aranjuez que pueda llamarse amor, es esto que sienten el uno por el otro. Ella vivió con Fernando los años de humillación constante por parte de la madrastra y los hijos favoritos del rey Felipe. Él vivió con Bárbara las murmuraciones e insultos por la escasa belleza y la mucha grasa que emborronaba su cuerpo de extranjera. Y se hicieron fuertes en el naufragio. Y se hicieron reyes. Igual que él coleccionaba relojes ella quería joyas, a cual más cara y más grande, que nadie pudiera decir que no era bella si la miraba refulgir en el centro solar de tanta esmeralda, diamantes y caprichos de orfebrería. La reina joya en vestidos de hilo de fantasía. La luz portuguesa en la tiniebla recurrente del rey.

Juntos despachan a los burócratas con breves comentarios y movimientos de cabeza y se retiran al comedor real. Ahora están solos y comen delicias castellanas y rarezas de las Indias, él las riega con vino riojano y ella abusa de la carne roja y de los dulces. Tartas imposibles, esculturas de azúcar y merengue puestas en pie contra natura. Son las otras joyas que la pierden. Ella come carne y pasteles. Es lo único. Su cuerpo engorda por fuera y se deteriora por dentro, respira a des-tiempo y a veces se queda sin aire unos segundos, su propia

saliva la asfixia por momentos. Pero sigue comiendo. En ese trance ella es feliz y libre. La comida es como un topacio o una amatista pulida por el cielo, como un imperio de relojes y hostias consagradas. Su desorden alimenticio es su victoria secreta contra el tiempo y los corsés de la vida pautada de palacio, contra el protocolo perpetuo que ella misma diseña para los reyes y su corte. La felicidad. Que también es estar juntos, sin el asedio del reino y la política urgente.

Después de comer a él lo visten de cazador y sale al bosque con perros y halcones y decenas de sirvientes, a hacer ejercicio, matar algo y no pensar en nada hasta que empiece a anochecer. Ella, la reina pastel de zafiro, se queda en palacio, charlando de música o tocándola con el maestro Scarlatti o el castrado Farinelli. Su instrumento es el clave y dicen que se le da bastante bien, no hay que esforzar el oído en fingimiento cortesano para disfrutar de la delicadeza de sus ejecuciones, la belleza brota rítmicamente de sus dedos nota a nota, melodías metálicas y precisas para dormir la angustia de lo que acontece sin remedio. Un talento hermoso que acaricia los arabescos y los espejos del salón, que invita a sonreír a las figuras cosidas de los tapices. Unos años más tarde un fabricante de claves inventará la guillotina y la música será distinta.

Pero hoy no. Los Borbones han convertido su corte en el gran centro musical de Europa, es parte del gran proyecto de la nueva monarquía, lo mejor de Nápoles y Viena, los grandes maestros e intérpretes, compiten por estrenar sus óperas o sus composiciones de cámara delante de los reyes de España. Hemos dicho que el lujo es una cuestión de Estado, el arte y, singularmente, los músicos también son argumentos de fuerza en la refriega diplomática. Se entiende el poderío del reino como un reflejo del lujo y la ampulosidad de la

corte, y si no hay equivalencia se fuerza y la corte brilla como un diamante en llamas mientras el reino es una yerma periferia en penumbra. Fernando y Bárbara tienen a Scarlatti, que es uno de los grandes maestros del momento, prodigioso hasta el límite de lo humano con el clavicémbalo tanto en la ejecución como en el papel, y tienen también, sobre todo y sobre todos, a Farinelli, que es una leyenda y un amigo mágico, y que además participa del poder político y de los tejemanejes de la camarilla en sombra que manipula y da soporte al rey maniquí. La reina es culta, inteligente y sensible, le gusta rodearse de músicos de todas partes, siempre que sean los mejores y domeñen la belleza, violinistas centroeuropeos y guitarristas castellanos, canciones napolitanas y cantos litúrgicos se mezclan en la corte musical de Babel para celebrar el trono de España y el poder mayestático del sonido. La reina toca, ríe y conspira. Ella también recibe más información que el rey y decide qué se le dice y qué no, ella más que nadie sabe de lo delicado de su equilibrio y de que es mejor no tentar la suerte por cuatro malos datos que lo puedan contrariar. De esto de los gitanos habrá de saber sólo un poco, lo suficiente para que no le asole la duda y el regomeyo beato, bastará con que recuerde lo mal que lo pasaron hace años al ver tanto gitano cerca de su palacio de Madrid y comprenderá que esta instrucción no es sino la extensión de la orden que ya diebra entonces para expulsarlos de su cercanía. Con eso ha de bastar, dado que el tema tampoco da más de sí, que no es la guerra ni la hacienda ni la fiesta.

Es tras la cacería cuando el rey despacha con sus principales ministros. Están la reina y su confesor, el espíritu de Farinelli al otro lado de la cerradura, José de Carvajal y Lancaster y el Marqués de la Ensenada. El Marqués le expone el asunto

de la redada, de lo pertinente de atajar de una vez por todas esa lepra social que pudre el reino, le habla de las gestiones de Vázquez Tablada y del apoyo del papa. Benedicto XIV está con nosotros, majestad, y eso es algo que el rey católico sabrá ver, que si la boca de Dios dice hágase pues no habrá más remedio que hacerlo. Y total, no deja de ser un papel más que firma, y cuanto antes acabe la reunión mejor, que no se le tuerza el ánimo con una de esas peloterías, como Carvajal llama a esos arranques de furia y procacidad incontrolada que cada dos por tres asaltan al rey y lo acaban siempre conduciendo a la cama durante días, huraño, violento y solo, como si el fantasma de su padre se le tatuara en el cráneo. Pero hoy no va a ser. Liquidan rápido los asuntos que quedan, Carvajal se retira a su despacho a seguir trabajando entre papeles y números, y el rey Fernando se quita la peluca.

Ha llegado lo mejor del día y del verano. Toca beber champán y jugar a las cartas con el diablo del Marqués y el eunuco sagrado de Farinelli, comen, beben y cantan, se cuentan chistes verdes y cotilleos de la Corte. La vida es una pequeña fiesta, al menos esta noche ribereña. Y ser rey también es esto. Y rezar junto al padre Rávago antes de irse a la cama borrachos y despeinados. Hasta mañana, que no será muy distinto, a menos que el rey se cruce consigo mismo en el espejo y se rompa un poco más por dentro y el reino tire sin saber por qué. Pero hoy ha sido un día bueno. Larga vida a Fernando VI y a su corte de las maravillas y dulces sueños. Todos vuelven a sus aposentos con el deber cumplido, dentro de una carpeta aterciopelada que Zenón de Somodevilla y Bengoechea, Marqués de la Ensenada, deja en su escritorio antes de desvestirse está la orden real que activará el mecanismo de la gran redada. Al otro lado de la pared la ciudad calla y el viento duerme.